

# Baudelaire y Darío: fatalismos lumínicos

Moisés Elías Fuentes



Charles Baudelaire en 1864. (Fotografía:  
Universal History Archive / Getty Images)

EL 31 DE AGOSTO DE 1867 murió Charles Baudelaire en París, arrasado por la afasia y la hemiplejía derivadas de la sífilis que padeció. El mismo año, meses antes, el 18 de enero, nacía en Matagalpa, Nicaragua, Rubén Darío. Así, mientras fallecía en Europa, perseguido por la incomprensión y por la maledicencia el precursor del simbolismo, en América veía la luz uno de los más apasionados continuadores del movimiento francés en lengua española.

Triste, ni la Francia en la que Baudelaire nació un 9 de abril de 1821, ni la América hispana a la que Darío retornó para morir el 6 de febrero de 1916 estaban preparadas para recibir y asimilar la revolución de la cultura que anunciaban ambos poetas mediante sus versos y prosas: en uno y otro lado del Atlántico la doctrina “del más fuerte” del positivista Herbert Spencer tenía carta blanca para modelar las legislaciones políticas, sociales y económicas, relegando a un plano poco menos que decorativo a las artes y los artistas.<sup>1</sup>

Baudelaire atestiguó y lloró la traición de Luis Napoleón Bonaparte al pueblo francés y a la Revolución de 1848, cuando en 1858, apoyado por la aristocracia, se declaró rey, terminando de echar por tierra los

<sup>1</sup> Valorado por ciertos historiadores hispanoamericanos como una filosofía benéfica que impulsó la industrialización y la apertura económica del subcontinente, lo cierto es que el positivismo sentó las bases de una discriminación racial y social tan feroz como la del colonialismo español, también en nombre del progreso, lo que justificó etnocidios como los perpetrados por Mariano Melgarejo en Bolivia contra quechuas y aymaras, Julio Argentino Roca en Argentina contra mapuches y tehuelches o Porfirio Díaz en México contra yaquis y mayas.



logros sociales de la Revolución de 1789. En varios de los poemas y las prosas que escribió por aquellos años, expresó la pesadumbre que se apoderó de su espíritu al comprender la magnitud y los alcances de la perfidia con que actuó el otrora esperanzador Luis Napoleón.<sup>2</sup>

Medio siglo después, Rubén Darío testificó los graves daños sociales que propició Napoleón III al tergiversar los ideales revolucionarios de Napoleón I, su ilustre ascendente. De esa Francia malograda primero por un monarca fraudulento, y después por una República secuestrada y adulterada por la burguesía industrial y financiera, dejó el nicaragüense testimonio en los artículos que escribió para el periódico argentino *La Nación*, que formaron al poco tiempo el cuerpo de su libro *Peregrinaciones*.<sup>3</sup> La desesperanza intelectual, las traiciones políticas, la parálisis creativa y la doble moral de la sociedad francesa decimonónica son los temas que campean por los poemas de *Las flores del mal*, de un modo rayano en lo irascible en la primera edición, la de 1857, y de modo más elaborado y perspicaz en la segunda, la de 1860, porque sabedor de que la censura podría malograr su propuesta poética, en la segunda edición Baudelaire atemperó la iracundia, que no la agudeza crítica, expresada de manera más intensa y puntual. El poeta innovador y desbordado de 1857, tres años más tarde se develó también como un autor con dominio pleno de su oficio y consciente de los alcances de su discurso.

Así, en “Los Faros” destellan las luces y sombras de un cristianismo herido por la remembranza del paganismo, cuyas imágenes lo perturban a la vez que lo convidan a ir un paso más allá:

<sup>2</sup> Para dimensionar el impacto negativo que produjo esta traición en el poeta y en sus contemporáneos, es beneficioso consultar las páginas de Baudelaire. *Juego sin triunfos*, biografía escrita por el poeta y ensayista ecuatoriano Mario Campaña, editada por Debate-Random House Mondadori en Barcelona, en 2006.

<sup>3</sup> Si se quieren revisar los artículos dedicados a Francia, resulta provechosa la lectura de *París, 1900*, volumen que reúne la primera sección de *Peregrinaciones*, prologado por el escritor mexicano Álvaro Enríque, publicado en coedición por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Editorial Almadía el año 2014, en México.

Miguel Ángel, lugar incierto en que los Hércules se mezclan a los Cristos, y donde en pie se alzan fantasmas poderosos que al llegar el crepúsculo desgarran su mortaja con los dedos crispados.<sup>4</sup>

La presencia del paganismo perturbador también se advierte en *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, colección publicada por Darío en Madrid en 1905, cuarenta y cinco años después de *Las flores del mal*. Como el francés, el poeta nicaragüense dejó constancia de la miseria ética y moral de su época, y como aquél, en su discurso entrelazó la denuncia social con las dudas metafísicas, esas que lo hacían titubear entre la fascinación y el horror a la muerte, entre el amor y el miedo a la vida.

Quizá por ello, como Baudelaire, el nicaragüense se sintió arrebatado por la vitalidad palpitante trazada por los pintores en sus lienzos, vitalidad lasciva, enloquecida, contestataria, como la que le inspiró el poema “A Goya”:

Así es de ver y admirar  
Tu misteriosa y sin par  
Pintura crepuscular.

<sup>4</sup> Entre las loables traducciones y estudios sobre *Las flores del mal* de Baudelaire, me parece destacada por méritos propios la edición bilingüe de Alain Verjar y Luís Martínez de Merlo, con estudio introductorio de ambos y traducción del segundo, publicada por Ediciones Cátedra en Madrid. Los fragmentos de poemas citados aquí han sido tomados de la undécima edición, la de 2007.

De lo que da testimonio:  
Por tus frescos, San Antonio;  
Por tus brujas, el demonio.

*Las flores del mal* y *Cantos de vida y esperanza* no son, evidentemente, libros afines. La violencia crítica que extasiaba a Baudelaire no se corresponde con la elegante medida que gustaba a Darío. Sin embargo, ambos escritores coincidieron en el desasosiego ante la muerte, ante la extinción irrevocable de todo lo vivido, lo que reduce la existencia humana a alegrías efímeras y pesadumbres extensas. Tan cruel ambigüedad es la que relumbra con tonos incluso blasfemos en “Lo irreparable”:

¿Podemos sofocar nuestro Remordimiento  
que se retuerce, agita y vive,  
y nos devora igual que a los muertos el verme,  
cual las orugas a los robles?  
¿Podemos sofocar el cruel Remordimiento?

En la sección “Otros poemas” de *Cantos de vida y esperanza*, donde hay varios poemas sólo numerados, sorprende a los lectores, por su franca desesperanza, el poema xv:

¡Oh miseria de toda lucha por lo finito!  
Es como el ala de la mariposa  
Nuestro brazo que deja el pensamiento escrito.

A Baudelaire lo atormentaba la imagen del alma corroída por la vileza; a Darío, la del alma corroída por la brevedad. Tanto el francés como el nicaragüense presentían y auguraban la proximidad de sus muertes, prematuras y predecibles, pero con todo, indeseadas.<sup>5</sup> Esta angustiosa relación con la muerte deviene, para ambos poetas, una conflictiva relación con la vida, a la que experimentan y añoran a un tiempo. Es la ambigua relación que evocó Baudelaire en el soneto “La vida anterior”:

<sup>5</sup> La drogadicción de Baudelaire y el alcoholismo de Darío avisaron con exactitud las muertes prematuras de los dos poetas. Sin embargo, la revisión de sus textos no indica la propensión al suicidio que sí se vislumbra en las obras de algunos de sus contemporáneos.

Allí viví en la calma de voluptuosidades,  
en medio del azul, de esplendores y de olas,  
y desnudos esclavos, impregnados de olores,  
que mi frente con palmas refrescaban, y era  
sólo su ocupación el hacer más profundo  
el secreto dolor en que languidecía.

El soneto es claro, más cargado de imágenes y alegorías que de metáforas y comparaciones. La vida se muestra como una ensoñación de opio y de placeres emocionales, lo que hace aún más inesperada la socarrona violencia del último verso. Como Baudelaire, en “Nocturno”,<sup>6</sup> Darío recurre a imágenes y alegorías para develar las singularidades y contrasentidos de su vida:

Y el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos,  
y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,  
y los azoramientos del cisne entre los charcos  
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Con pesadumbre, los poetas exteriorizaron la insignificancia de sus mundos poéticos frente al salvajismo de la realidad real. Pero aun devastados por tal evidencia, persistieron en la poesía y en desnudar las futilidades del alma humana, no como un espectáculo macabro sino como un imperativo moral, por lo que en sus respectivos libros no pararon mientes al sacar a luz sus temores y debilidades íntimas.

Libros axiales en la labor literaria de sus autores, *Las flores del mal* y *Cantos de vida y esperanza* están empapados de fatalismo, sí, pero subversivo y crítico, por lo que deviene ese fatalismo lumínico en que Baudelaire y Darío reafirmaron su naturaleza humana, hecha de incertidumbres y flaquezas, pero a la vez de anhelo de renovación y renacimiento. ■■■

<sup>6</sup> Este “Nocturno” aparece numerado con el V en la sección “Otros poemas”. En la misma sección se halla otro “Nocturno”, numerado con el XXXII.